

ACAYUCAM Y MINATITLAN.

Disturbios locales en ambos Cantones.—Aprisionamiento del Comandante Militar del primero, y pronunciamiento sin objeto político de Sagredo.—Operaciones militares para restablecer el orden.—El Cura Sandoval.

I

CUALQUIERA que en la noche del 31 de Octubre al 1º de Noviembre de 1862 hubiera tenido el poder de la ubicuidad, y encontrándose á la vez en los caminos que conducen á Acayúcam partiendo de San Juan Evangelista, San Andrés Tuxtla, Jaltípam y Chinameca, habría podido notar que, guardando el más profundo silencio, interrumpido apenas por el sordo ruido de las pisadas, las cuatro avenidas se hallaban ocupadas por grupos de tropas que parecía se dirigían á un mismo punto: á Acayúcam.

Y así era en efecto.

Retrocedamos ántes de proseguir.

A la revuelta insidiosa y revolucionaria que había tenido lugar en Alvarado el día 16 de Agosto del propio año, y que quedó impune desgraciadamente, se sucedió otra en la villa de Acayúcam el día 1º de Octubre siguiente, promovida por los descontentos sempiternos que por entonces, y de mucho tiempo atrás existían en ese Cantón, al cual mantuvieron en constante desorden, siendo origen de continuos robos y asesinatos que llegaron á darle una fama nada envidiable por cierto.

Los tales revoltosos, casi todos personas de suposición y de algún valer, no aspiraban á otra cosa que al dominio perpetuo de los puestos públicos, y al de la gente pobre y laboriosa, á quienes estorsionaban y estafaban en su trabajo, pretendiendo tratarlos como cosa de su exclusiva propiedad; y de ahí, que siempre que el Gobierno ponía al frente del Cantón hombres de energía, de entereza y de probidad, el puñal, el veneno ó una bala inesperada, pusiera fin á su existencia de una manera villana y traidora, á menos que se asimilaran á las ideas de aquellos revoltosos, ó que buscaran la salvación en la fuga, abandonando el puesto precautoria y furtivamente.¹

No se crea, sin embargo, que esos hombres daban la cara, no: todos los conocían, pero todos sabían también que si eran los *jefes*, gente de baja condición, pero no menos inquieta, turbulenta y malvada, eran el instrumento de que se valían para llevar á efecto sus inicuos atentados contra la moral, la tranquilidad y el bienestar públicos. Tampoco se crea que no había allí hombres capaces de contener esos desórdenes; sólo que, estando en una lamentable minoría, no sólo no podían impedir tamaños desmanes, sino que, de intentarlo, habrían sido inmolados á la saña y al rencor de sus contrarios.

D. Francisco Cabrera, D. Salvador Román, D. Juan Pe-

¹ El General D. José M. del Toro ejerció allí durante algún tiempo el mando de las armas, haciéndose querer de toda la población por su comportamiento caballeroso, recto, honrado y justiciero. Llamado por el Gobierno para conferirle otro empleo de más categoría, la víspera de su partida fué obsequiado por sus numerosos amigos con un suntuoso banquete de despedida, al cual concurrió lo más florido de aquella sociedad. A los postres se sintió indispuerto, teniendo necesidad de retirarse á su casa antes de concluir el festín, y esa misma noche murió víctima de un tósigo, sin que se hubiera podido averiguar nunca quién fué el autor de tan alevoso asesinato.

D. Francisco Hernández y Hernández, al recibir el título de abogado, pasó á Acayúcam para desempeñar el Juzgado de letras, pero tuvo que huir noches después á causa de haberle disparado dos tiros, encontrándose en el corredor de su oficina, cuyas balas fueron á clavarse en la pared, á poco más de la altura de su cabeza. Otro tanto sucedió al Jefe Político D. Pedro X..... á quien rompieron una pierna de un balazo.

reyra, los hermanos Limón, platero el uno y el otro zapatero, D. Luis Rosete, D. Cipriano García, D. Mariano Aguirre¹ y otros que vivían honradamente de su trabajo, lamentaban secretamente el estado de constante revuelta en que traían al Cantón los Collazo, los Rodríguez, los Sagredo y otros más cuyos nombre no es fácil recordar después de transcurridos más de veinte años.

Por entonces, el jefe de los revoltosos, es decir, el que servía de maniquí al *comité revolucionario*, era un ranchero, D. Juan Sagredo, cuyos principales oficiales eran dos de sus hijos, de malísimos antecedentes y de feroces instintos, según lo decían cuantos los conocían; y sin embargo, Sagredo padre no era un mal hombre en el fondo, según la opinión general; pero su ignorancia y su ambición lo habían hecho convertirse en instrumento de aviesas miras y bastardas pasiones, y por su valor personal había llegado á ser el terror de todo el Cantón. Constaba, sin embargo, que jamás había matado á nadie.

La incalificable invasión del territorio mexicano por parte de las potencias europeas, aliadas en virtud de la Convención tripartita, había ofrecido ancho campo á semejantes entes para pretender proseguir su obra de dominación, calculando la débil acción del Gobierno en circunstancias tan anómalas, y tratándose de lejanas comarcas; y si á esto se agrega el poco ó ningún tino que tuvo el Teniente Coronel Larragoiti, cuya conducta era allí muy conocida, para poner al frente del Cantón al Comandante D. Manuel Guerrero, una de sus hechuras, se comprenderá fácilmente que cualquiera circunstancia sirvió de buen pretexto á aquellos para levantar el estandarte de la rebelión, de acuerdo con algunos descontentos de Mina-

¹ Este señor, que fué Administrador de Rentas hasta la ocupación de Acayúcam por los franceses, prestó muy buenos servicios á la causa de la República: luego, denunciado calumniosamente por uno de sus enemigos como simpatizador del Imperio, tuvo que huir y refugiarse en Veracruz, aliándose luego al enemigo en Alvarado: murió en la mayor miseria.

titlán, que más por conveniencias muy particulares que por otra cosa, hicieron causa común con los de Acayúcam.

En justicia debemos confesar que Guerrero era el menos á propósito para desempeñar el puesto que se le encomendó. Sin experiencia, sin dotes gubernativas, obedeciendo ciegamente á su capricho, ó al de las personas de su familia, pronto se concitó la mala voluntad de todos, porque en realidad no pasaba de ser una nulidad.

Así, pues, el día 1º de Octubre estalló un movimiento revolucionario capitaneado por Sagredo, sirviendo de pretexto el rumor que circuló de que Guerrero iba á echar leva para enviar refuerzos de gente al Cuartel general de Alvarado. Guerrero fué encarcelado, dispersada la Guardia Nacional que en muy corto número por cierto, existía allí, y ocupados los puestos públicos por los mismos revoltosos, quienes por sí y ante sí se declararon libres é independientes de hecho. A esto era á lo que aspiraban los promotores: á no reconocer más autoridad que la suya propia.

Contaban con la impunidad de lo de Alvarado, con el desprestigio y la impotencia de Larragoiti y de Gastañaga, con la falta de recursos, con la escasez de fuerzas en el Cuartel General que no podía disponer de un solo hombre para reducirlos al orden, ni con un centavo para poder pagar tropas si las hubieran podido levantar; y sobre todo, contaban con la audacia y valor, justo es decirlo, que siempre caracterizó á los hijos de Acayúcam. Tenían además, á su favor, el retraimiento hasta cierto punto natural y disculpable, de aquellos que podían oponerse á sus designios, pero que no lo hacían por falta de elementos y por temor también: hombres de sentimientos patrióticos y honrados, ninguno era de armas tomar.

No querían ser víctimas inútiles del furor de sus enemigos, y en esto tenían razón.

Pero no contaban con que Larragoiti había sido relevado del mando superior, y que el nuevo Jefe no era hombre que

se dejaba amedrentar por revoltosos del orden vulgar, de la especie de los que allí se habían declarado señores feudales, dueños de vidas y haciendas de la época de la Edad Media.

No contaban tampoco con que las demás poblaciones de la Costa viesan con desprecio sino con indignación aquel movimiento revolucionario, promovido por despreciables ambiciosos y secundado y capitaneado por gente de mal vivir, registrados todos ellos en la matrícula de la cárcel pública.

II

Cabrera, García, Aguirre y Rosete pudieron escapar durante la noche, dirigiéndose sigilosa y violentamente á Alvarado, corriendo no pocos peligros dentro del Cantón por los numerosos espías que los pronunciados tenían en los caminos inmediatos á la población.¹ A su llegada al Cuartel General se encontraron con el nuevo Jefe, antiguo amigo y compañero de diputación en la Legislatura del Estado, del primero de los recién llegados, y á él le dieron parte de lo ocurrido, regresando á Tlacotalpam luego que el Coronel Lazcano les dió todas las seguridades de que pondría pronto remedio al mal.

Desgraciadamente las circunstancias en que encontró la Costa, no eran las más á propósito para proceder con la actividad y la violencia que el caso requería. De momento, y como se recordará, envió á su ayudante y secretario de campaña el Capitán X..... á Tlacotalpam, con pliegos reservados que allí debía abrir y leer; y él se trasladó dos horas después

¹ Entre estos espías había un tal Baruch, hijo de un honrado industrial de nacionalidad francesa, y hombre de *dos caras*, que tanto se prestaba á servir á los pronunciados como á las tropas del Gobierno, y otro un bandido de apellido Limón, que aparecía como vendedor de jabón en el camino, y cuya sola presencia puso en alarma á todos los habitantes de aquellas comarcas hasta Nopalápam, de donde huyó al tiempo de llegar, para no caer en poder de la caballería de Fronguti.

al Cantón de los Tuxtlas, como lugar más próximo á Acayúcam, y donde podía contar con gente y con recursos para dictar las órdenes que fueran necesarias.

El referido Capitán, según las instrucciones contenidas en el pliego que le había sido entregado, avanzó hasta Nopalápam, en cuya hacienda puso á su disposición ochenta caballos el Comandante D. Bernardo Juauyutli, quien además se hizo cargo de mandar violentamente y por caminos estraviados, los pliegos que condujo para la autoridad legal de Minatitlán; y en virtud de lo cual, el Capitán D. Emilio Alvarez se situó con una compañía de infantería en Jaltípam, en tanto que el del mismo empleo D. Indalecio Mendoza, tomaba posición en Chinameca, de donde se reunirían el día y en la dirección que oportunamente se les mandara. El mismo Coronel, con otra fuerza de infantería también, al mando inmediato de los Capitanes D. Manuel Zavaleta y D. Rafael Carrero, emprendió la marcha hasta la hacienda de "Corral Nuevo."

El día 28 del mismo mes, tres correos extraordinarios llevaron las últimas órdenes á los jefes citados, y de ahí que en la noche del 31 de Octubre al 1º de Noviembre se verificara el movimiento militar indicado al principio de esta narración, en los cuatro caminos que convergían á la cabecera del Cantón, que era el centro de operaciones de los insurrectos.

El Capitán X..... con sesenta ginetes, pernoctó durante dos horas en la "Cruz del Medio" para continuar su movimiento de avance hasta "Conejo" y encontrarse allí á las tres de la mañana: Alvarez se llegó hasta "Soconusco," Mendoza á "Toposculapa," y el Coronel se situó en "Muichápam." Estas marchas fueron un tanto forzadas, pues según las instrucciones recibidas, cada sección destacaría pequeñas avanzadas que se fueran aproximando lentamente, siguiéndolas con el mayor sigilo posible para dar el ataque general al *toque de diana* de los mismos pronunciados.

Todos cumplieron con su deber; pero el resultado no co-

rrespondió á la empresa. Apenas, y todavía obscura la mañana, se oyó el referido toque, cuando las cuatro columnas expedicionarias avanzaron resueltamente, penetrando hasta la Plaza de Armas las infanterías y atravesando diagonalmente la caballería rumbo á Oluta para impedir que por allí pudiera escapar el enemigo. Éste representado sólo por la guardia de la cárcel no hizo ninguna resistencia, pues apenas dos ó tres disparos desde la "Casa Real" respondieron al fuego que hicieron las compañías de Alvarez y Mendoza, dispersándose en seguida sin que se pudiera dar con ellos, debido á la obscuridad, á su poco número y al conocimiento práctico del terreno. La caballería con Sagredo, que formaba el núcleo principal de las fuerzas rebeldes, había salido de la población en las primeras horas de la noche rumbo al "Comején," escapando en consecuencia á ser capturada por las tropas del Gobierno. Los vecinos todos despertaron azorados al ruido de la fusilería, y un cuarto de hora después la población estaba en silencio y ocupada por las fuerzas de Lazcano que se establecieron en las mismas "Casas Reales," ocupando además los corredores de las que forman el cuadro de la plaza.

Cuando amaneció por completo varios de los principales vecinos se presentaron á ofrecer sus servicios al referido Coronel, quien los aceptó; nombró comandante Militar al Teniente Coronel retirado D. J. A. Rodríguez, el cual pretextando enfermedad no aceptó la comisión, y en su lugar hizo que se recibiera del mando el Capitán X..... que ya había regresado de Oluta: reorganizó brevemente una compañía de la Guardia Nacional al mando del primer ayudante D. Joaquín Aguirre; y después de dejar instrucciones muy severas y terminantes al nuevo Comandante Militar, prosiguió su marcha con toda la infantería hacia Cosoloacaque, á fin de ocupar Minatitlán y restablecer el orden.

En cuanto al ex-Comandante Militar Guerrero, fué puesto en libertad, ordenándosele que se dispusiera á seguir al Coro-

nel Lazcano como agregado á su Estado Mayor: no era prudente dejarlo en la población, donde indudablemente corría peligro su vida.

III

El Coronel regresó de Minatitlán tres días después; y allí, debido á su prudencia y tino, y eficazmente secundado y auxiliado en sus trabajos de pacificación por el Dr. Smith, Cónsul americano en esa población, y por los Sres. Price y White hermanos, ricos comerciantes, quedó asegurada la paz y la tranquilidad, nombrando Comandante Militar al Teniente Coronel del Cuerpo Médico Militar Dr. D. Timoteo Helguera, antiguo Jefe del Ejército, con gran aceptación de todos los vecinos del Cantón.

Dos días más tarde el mismo Sagredo, refugiado en el "Comején," ranchería inmediata á Acayúcam, con sólo uno de sus hijos, se puso á disposición del Coronel Lazcano, á quien ofreció hacer revelaciones, sirviéndole de intermediarios D. Julián Lascurain y el Capitán D. Apolonio Pueblita. El Coronel aceptó, y de la entrevista que tuvieron resultó que Sagredo levantara una fuerza de caballería que se puso á las órdenes de Lascurain, y otra de infantería, que al mando de Pueblita ingresó más tarde al campamento de "Conejo," como tercera del "Batallón Ortega," retirándose él, Sagredo, á la vida privada en un rancho de su propiedad, y ofreciendo no mezclarse en nada si no era como soldado, todo lo cual cumplió fielmente.

Dos años después, ya relevado del mando el Coronel Lazcano, nuevas complicaciones y nuevos abusos y disturbios hicieron que Sagredo volviera á levantarse en armas, habiendo sido capturado en el mismo "Comején" con dos de sus hijos, y pagando con la vida, los tres, crímenes de que eran

responsables como instrumentos ciegos de otros individuos tanto ó más perversos que ellos mismos.¹

Tal fué el término de aquella asonada, debido en parte al poco tino de Larragoiti, y en parte también á las arbitrariedades del Comandante Guerrero; arbitrariedades que reconocían por origen su poca pericia, su ningún conocimiento en el desempeño de sus deberes, y el haberse echado en brazos del partido local que, aliado á Larragoiti, estaba mal con toda la sociedad.²

IV

Hasta donde fué posible el capitán X..... cumplió bien su cometido; y precisamente un incidente ocurrido el mismo día que se recibió del mando, le colocó en las mejores circunstancias y condiciones para hacerse respetar de los turbulentos, y querer de las gentes pacíficas, tranquilas y sensatas.

Las Leyes de Reforma eran letra muerta en Acayúcam, y maldito el caso que de ellas hacían. Al obscurecer del día 1º de Noviembre un grupo inmenso, compacto, salió de la igle-

¹ Para esta nueva sublevación sirvió de pretexto el haber ido á Acayúcam el Teniente de artillería D. Antonio Rojano, á poner en alta fuerza la compañía de artilleros. La presencia de ánimo de ese joven y valiente oficial salvó la situación, pues al acercarse á las Casas consistoriales los sublevados, después de haber cometido algunos asesinatos, los dejó aproximarse lo suficiente, tirándoles en seguida á metralla. Sagredo con unos cuantos se refugió, como de costumbre, en "El Comején;" pero perseguido por la caballería que mandaba el Comandante de Escuadrón D. Joaquín Jiménez, quien fué mandado desde Cosamaloápam, fué capturado y pasado por las armas inmediatamente. En esa sublevación perecieron asesinados el Teniente Coronel Santelices y el Teniente Rosilla, escapando milagrosamente los Jefes D. Luis Torrea y D. Jacinto Robleda. Rojano fué ascendido á Capitán.

² Larragoiti murió de una manera trágica en el asalto de la Ciudadela, cuando una parte de la guarnición de México intentó pronunciarse allí en 1871. La circunstancia de tener la herida en el cerebro, hizo creer que fué traidoramente asesinado por un sargento del cuerpo que mandaba y que concurrió al asalto, por resentimientos que con él tenía meramente personales.

sia parroquial, extendiéndose por la Plaza de Armas: inmediatamente envió á su ayudante el alférez D. José M. Rojas, para que averiguara qué significaba aquel tumulto, obteniendo por respuesta "que era la procesión de ánimas que salía, como de costumbre, para recorrer las calles de la población." Como precisamente el punto donde se le había asegurado que estaba refugiada la caballería enemiga quedaba sobre el camino que desembocaba á la plaza, y aquella muchedumbre podía proteger inconscientemente algún ataque que por sorpresa intentara, ordenó al teniente D. Joaquín Aguirre que hiciera regresar la procesión al interior del templo donde podía continuar sin que nadie los molestara. El Cura párroco, de apellido Sandoval, acostumbrado como estaba á burlarse de las leyes haciendo lo que más cuadraba á su antojo, manifestó "que no se retiraba porque no reconocía más jurisdicción que la de la Mitra de Oaxaca, y que en consecuencia no obedecía la orden y que seguiría la procesión." X..... le mandó un segundo recado por mera cortesía, para que obedeciera su orden, y segunda vez se negó el Cura, alzando ya la voz más de lo regular con tono provocativo, y poniendo en alarma á los fanáticos y á los timoratos.

La situación era penosa y era preciso que acabara aquel mitote que estaba poniendo en ridículo á la autoridad; y ya que se presentaba la ocasión, que todos, amigos y enemigos, supieran á qué atenerse, X..... hizo avanzar los veinte dragones del Escuadrón de Orizaba que le había dejado el Coronel Lazcano: el capitán de esta fuerza, D. Manuel Castillo, era hombre que lo entendía, y muy estricto en el cumplimiento de las órdenes que se le daban; y luego de haber llegado dió al ayudante Rojas esta terminante orden.

—Diga vd. al Sr. Cura Sandoval, que si no regresa inmediatamente con su procesión á la iglesia, lo hago prender en el acto como trastornador del orden público y fusilar sobre la marcha: que estoy acostumbrado á hacer que se obedezcan las leyes y á hacerme respetar.

Y como los dragones de Castillo marchaban tras de Rojas llevando en guardia las carabinas, dispuestos á cumplir lo mandado, el Cura regresó á la iglesia seguido de su numerosa comitiva, sin que nadie murmurara una palabra. A la media hora ya había satisfecho en la Administración de Rentas los cincuenta pesos de multa que le fueron impuestos por su falta de obediencia á la autoridad.

Al siguiente día se presentó el Cura al capitán X..... cabalgando un arrogante caballo, y ataviado con el traje de "charro," le pidió una entrevista á solas, la cual le fué concedida, y ambos, á caballo, tomaron el rumbo de Oluta, sin que nadie los acompañara.

Hubo explicaciones por parte de ambos, y á su regreso ya eran buenos amigos.

El Cura Sandoval, oaxaqueño de origen, era buen patriota y un tanto liberal, y prestó servicios de consideración á la causa del gobierno. A la ocupación de Acayúcam por los franceses en 1864, ocupación debida á los traidores que allí y en Minatitlán surgieron de repente, fué denunciado como republicano por Luis Baruch, y hecho prisionero en unión de D. Salvador Román, D. Juan y D. Román Pereyra y otros, y fué deportado á la Martinica.

TLACOTALPAM.

Primera ocupación de esta Ciudad por el suizo Slaicklin.—Terror que infunden los bandidos que comanda.—Retirada del Comandante Enríquez sobre la margen derecha del Papaloápam.—Fusila á un ladrón y lo hace colgar á la vista del enemigo.—Acción del "Mediadero."—Triunfo de los republicanos.—Fundación del Campamento de Conejo.—Terrible ejemplar en Saltabarrancas para escarmentar traidores.—Inauguración del Campamento.

I

ENTRE diez y once de la mañana del día 7 de Diciembre de 1862, es decir, diez y nueve después del abandono de Alvarado por las fuerzas republicanas, dos ginetes que desembocaban en la Plaza Principal de la entonces "Villa de Tlacotalpam,"¹ tomaron dirección por la Calle de la Candelaria, hacia el "Río Chiquito," sobre el cual aún no existía, para comodidad del público, el amplio y cómodo "Puente García," construído dos años después.

Iban nuestros dos ginetes uno al lado del otro, perfectamente abrigados de la finísima pero espesa lluvia que caía; el primero, el de más edad, con una "manga" de hule que llegaba hasta las tapas de los estribos, y el otro, joven aún, con un plaid á grandes cuadros negros y aplomados: un grupo de

¹ Tlacotalpam fué elevado á la categoría de ciudad por decreto del Gobierno Civil y Militar del Estado de Veracruz, en 1865, siendo Jefe del Estado el C. Gral. Alejandro García, en atención á los servicios prestados y méritos contraídos.